

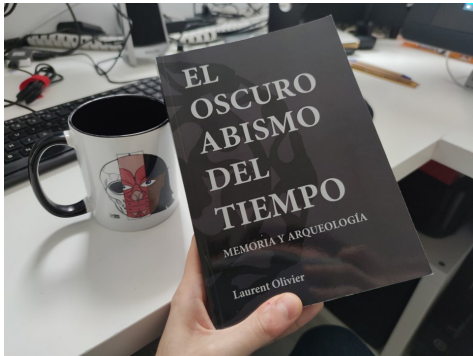
Complutum

ISSN: 1131-6993

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.72491>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

La arqueología es la historia de nuestro presente. A propósito de *El oscuro abismo del tiempo. Memoria y Arqueología*, de Laurent Olivier (Jas Arqueología Editorial, 2020, 278 páginas, ISBN 978-84-16725-00-7).



1. De la primera edición de *Le sombre abîme du temps* a la edición en inglés distan tres años. La edición al castellano ha llevado doce. Durante este abultado tiempo el libro ha sido objeto de numerosas reseñas y comentarios a las que Laurent Olivier atiende con detalle en una retrospectiva redactada para la ocasión. En esta edición se incluye además un sugerente prólogo firmado por Gonzalo Ruiz Zapatero. Por este motivo, mi intención no es hacer otra reconstrucción de la trayectoria del libro, ni tampoco una nueva síntesis sobre sus tesis principales, aunque por momentos sea inevitable. Es difícil añadir algo nuevo sobre lo que ya se ha dicho tanto y tan bien. En su lugar, me limitaré a prolongar algunas ideas del libro con el ánimo de contextualizar el trasfondo teórico de sus propuestas¹.

2. Olivier (2008: 11-12)² comienza con el recuerdo de su primera excavación arqueológica en la Lorena francesa: sondeo profundo,

una turbera, con una estratigrafía compuesta de niveles rojos y grises entre los que asomaban fragmentos azulados. Entre las cosas que encontraron había objetos de madera, restos de cestería y vasijas completas. Cuenta Olivier la contrariedad que sintió al intentar extraer unos materiales tan ricos y comprobar cómo se deshacían tan pronto eran liberados. Había trozos de madera bajo sus pies, mientras tamizaban la tierra en busca de semillas y algunos restos vegetales carbonizados. Recuerda el almacén donde guardaban los restos arqueológicos lleno de antiguas bolsas de material decoloradas e ilegibles por el tiempo, junto a innumerables restos irreconocibles. En aquella excavación, nos dice, aprendió por la experiencia una enseñanza del prehistoriador André Leroi-Gourham: *no se puede abrir la memoria del pasado sin que, al mismo tiempo, se destruya*. *El oscuro abismo del tiempo* es un libro dedicado a entender la arqueología misma como un examen de esa memoria.

Para Olivier, como antes vieran Sigmund Freud o Walter Benjamin –ambos presentes a lo largo de estas páginas–, hay una afinidad entre excavar y recordar. La arqueología, como el recuerdo, apenas da consistencia a un esbozo del pasado. En el libro se dice que “la arqueología no revela más que vestigios fundamentalmente incompletos y mutilados” (Olivier, 2020a: 68). Sin embargo, esta fragmentariedad de los hallazgos arqueológicos no es banal ni prescindible: es una manera de recordar porque “revela lo que perdura del pasado y que está oculto en nuestro presente. [La arqueología] hace surgir la parte desconocida o no-presente que está incrustada en la realidad de nuestro mundo” (Olivier, 2020a: 68-69). Olivier ve aquí una de las grandes fortalezas de la arqueología: hacer presente al pasado a partir de realidades tangibles.

Esto le lleva a hablar de la arqueología como la disciplina que se interroga por “el

¹ La traducción es fundamental para contar con un fondo crítico compartido, pero por sí sola no basta. También se requieren ciertas claves de lectura para que un libro no caiga en saco roto. La arqueología española está falta de traducciones, pero no de lecturas. Esta aparente paradoja lleva a reconocer que *El oscuro abismo del tiempo*, además de otros trabajos de Laurent Olivier, no son ni mucho menos desconocidos, aunque el hecho de que este sea el primero de sus libros editado en castellano no ha permitido una recepción generalizada de sus ideas.

² Esta descripción no consta en la edición de JAS Arqueología, en la que el prólogo original no está recogido.

archivo de esa memoria que constituyen los vestigios arqueológicos” y, en otra parte, como la disciplina capaz de reactivar “la memoria material de los lugares y las cosas” (Olivier, 2013: 126). El presente es el lugar en la que se encuentra, se traduce y se reinscribe esa memoria fragmentaria, dispersa y olvidada por la destrucción, el reemplazo y la erosión. Este carácter perecedero de las cosas y su olvido mantiene una reserva de azar que asegura descubrimientos imprevisibles. Podemos decir que no somos plenamente conscientes del pasado, ni tampoco de lo que ese pasado pueda movilizar en nosotros. En este sentido, Olivier llega a decir que “la arqueología tiene por objeto el inconsciente del tiempo” (Olivier, 2020a: 245).

La expresión que da título a este libro pertenece al ilustrado del siglo XVIII George-Louis de Buffon. En sus indagaciones geológicas aventuró a decir que sólo se aprecia un oscuro abismo del tiempo bajo nuestros pies. Olivier no dice que estemos asomados a un abismo insondable ni reduce la arqueología a una tarea subterránea. Su gesto es más sutil. Recoge aquel primer indicio sobre la enorme escala del tiempo para incluir en ella al conjunto de materialidades que compone nuestro presente. Podríamos decir que este libro habla de abismos de tiempo, en plural, que la arqueología puede reactivar a través de su relación con la “memoria material” de las cosas. Reparemos algo más en esta idea.

3. Los restos de una casa, un fragmento de cerámica o unos surcos desdibujados en la tierra son huellas del paso inevitable del tiempo, pero también de la presencia material del pasado. No es una relación evidente –las cosas no remiten necesariamente al pasado–, pero está asentada en regiones profundas de la experiencia. Frente a otros libros dedicados a pensar los fundamentos de la arqueología desde posiciones abstractas y especulativas, *El oscuro abismo del tiempo* no olvida esta circunstancia. La experiencia del pasado está atravesada por numerosas mediaciones que la condicionan (Millán Pascual, 2015). Por eso no podemos decir que exista un tiempo único y homogéneo, sino una pluralidad de modalidades de tiempo. La arqueología nace cuando una de esas modalidades, la relación particularísima con el pasado basada en restos materiales, adopta un método en el siglo XIX. Olivier repasa la historia de la disciplina para señalar que el método arqueológico y sus distintos avances no han sido

acompañados de una elaboración teórica consecuente con el tiempo materializado en los objetos. Más bien, la arqueología se ha dejado llevar por las presunciones del método. En este sentido, la pluralidad del tiempo registrada en la memoria material de los restos arqueológicos se ha visto reducida las más de las veces al tiempo lineal y absoluto de la cronología (Olivier, 2020a: 70-71). Este punto es importante y conviene pensarlo detenidamente.

Kant (2015: 132-135) advirtió en su *Antropología* del riesgo de que la historia se orientara por la cronología y no al revés. Reinhart Koselleck, en un texto firmado en 1970, afirmó que aquella demanda kantiana no había sido atendida todavía y señaló un camino para poder hacerlo a partir de un reconocimiento de la multiplicidad de estratos temporales que integran la historia: “Existen sucesiones temporales de muchos estratos que conocen por sí mismas un antes y un después, pero que en la trama de la cronología natural, con su secuencia lineal, no pueden llevarse a congruencia. Por este motivo todo pasa por descubrir las estructuras temporales adecuadas a la diversidad de los tipos de movimiento histórico. *La temporalidad de los acontecimientos históricos y las estructuras de procesos históricos pueden entonces –partiendo de ellas mismas – estructurar la historia* (Koselleck, 2017: 72). El tiempo de la historia no puede reducirse al tiempo natural sin forzar la relación entre los distintos acontecimientos y procesos históricos. Koselleck propone estructurar el tiempo a partir de realidades históricas concretas y no al revés, como ocurre cuando priorizamos la ordenación de cuadros cronológicos para proyectarlos posteriormente sobre la historia.

Salvo excepciones³, la literatura arqueológica se ha ocupado de este problema sin demasiado éxito, en parte debido a la actitud reacia de las teorías propuestas ante las cuestiones metodológicas o, por el contrario, por el rechazo a cualquier uso de la teoría. El resultado fue la reducción de la temporalidad a un problema de dataciones cronológicas. En otras palabras, a la desconsideración del problema del tiempo y a la primacía, como consecuencia, de los objetos datables en términos absolutos. Olivier recuerda en este libro que no puede esperarse

³ Cabe señalar como un ejemplo el libro de Almudena Hernández *Arqueología de la Identidad*.

ningún avance teórico sobre el tiempo sin tener en cuenta los hallazgos de la metodología. Los desarrollos metodológicos han supuesto un aumento crucial de nuestro conocimiento sobre los límites de la arqueología, pero también sobre sus capacidades: la mejora de las técnicas ha aumentado exponencialmente la documentación arqueológica, del mismo modo que la arqueología experimental y la etnoarqueología han aclarado los distintos procesos de formación que afectan a un yacimiento o a un objeto. En conjunto, estas prácticas han aumentado las fuentes de información arqueológica y las claves para leer los distintos procesos materiales que pueden registrarse en el paisaje, en las construcciones o en las cosas. Olivier recurre justamente a ese conocimiento acumulado sobre la materialidad de los restos arqueológicos para elaborar su aportación teórica sobre los fundamentos de la arqueología. No se trata de sustituir un modelo de tiempo lineal por otro modelo multitemporal. Hay que partir exclusivamente del tiempo inscrito *en* las cosas -en el libro se ofrecen buenos ejemplos de cómo hacerlo-. En este sentido, Olivier se aparta de hacer una mimesis más o menos arbitraria de otra disciplina y no recurre a modelos preestablecidos - no propone un paradigma ni añade un adjetivo nuevo a la arqueología -, como muchas veces se acostumbra en las ciencias humanas y sociales. Propone un itinerario mucho más provechoso como es tomarse en serio los hallazgos de la práctica -por ejemplo, pensar hasta el final los descubrimientos de los análisis de la formación de procesos arqueológicos para indicar que la historia de los restos del pasado no termina con su primera deposición, ni tampoco con su primer encuentro con el arqueólogo-.

Con estas cuestiones en mente Olivier se dirige a las premisas teóricas que imponen a la arqueología un modelo historicista del tiempo -ese tiempo vacío y secuencial como una cadena de acontecimientos-. En primer lugar, propone romper la adecuación de la arqueología a las periodizaciones de la historia. Esta relación es la que determina, por ejemplo, la prioridad del conocimiento histórico sobre el arqueológico a la hora de narrar la historia - de hecho, desde este esquema, la arqueología sería un ejercicio redundante salvo si se dedica a los ámbitos desconocidos por las fuentes escritas -. En segundo lugar, Olivier plantea disolver la separación del pasado y el presente, porque en ella reside una idea abstracta del pasado que

estima posible un conocimiento completo sobre el mismo. La historia de la arqueología está atravesada por un anhelo de reconstrucción de ese pasado perdido, que por otro lado presupone la escasa significatividad de sus investigaciones - siempre a la espera de encontrar más eslabones perdidos -. Olivier rompe con esta perspectiva para decir que el estudio de los restos arqueológicos ocurre "aquí y ahora". Ese es, en parte, el sentido de su apelación al presente. No puede haber un pasado completo, porque el pasado está irremediamente perdido. Por tanto, no se trata de reconstruirlo, se trata de construir el pasado a partir de las evidencias que tengamos a mano. Podemos prolongar algo más esta idea. La historia, como muestra Koselleck más arriba y puede aprenderse también en autores como Hans Ulrich Gumbrecht, Aleida Assmann o François Hartog necesita temporalizar su objeto de estudio. Es decir, no parte de una estructura cerrada a la que se van añadiendo los resultados de la investigación. No se puede subsumir la historia en una estructura de este tipo porque la historia parte de materiales plurales que, a su vez, remiten a temporalidades propias - el principal condicionamiento de ciertas corrientes del estructuralismo a la hora de incluir la historia en sus elaboraciones teóricas fue creer en la existencia de una estructura semejante -. Por este motivo, una ciencia histórica sólo alcanza un carácter íntegro si es capaz de desarrollar una teoría de los tiempos históricos y tematizar sus propias periodizaciones (Villacañas, 2003: 70-71). Estas son las premisas a las que apunta Olivier cuando dice que el tiempo historicista, junto a sus periodos tradicionales, no es el tiempo de los restos arqueológicos, sino (hay que añadir) el tiempo construido a partir de las fuentes escritas. La arqueología es una modalidad de la historia que, como tal, moviliza dimensiones históricas distintas a las de otras ciencias y ejerce a su vez efectos diferentes. Llevar a sus últimas consecuencias este hecho implica buscar una temporalización adecuada de la arqueología y detectar los principales escollos prácticos y teóricos que lo impiden, (un buen ejemplo de una periodización de la historia desde la materialidad arqueológica en González Ruibal, 2018).

4. Este libro ofrece una manera de pensar estos problemas que conviene tener en cuenta. Olivier traslada la arqueología del marco de la historia regida por un tiempo lineal al marco de la memoria. No se trata de importar

una teoría ajena. Se trata de saber cuánta teoría necesita la arqueología para adecuarse a su objeto de estudio. Esto nos dispone para decir que en este libro la memoria es algo más que una metáfora para explicar un aspecto de la investigación arqueológica. El pasado entendido como una memoria adquiere rasgos teóricos sobre la realidad: la totalidad de las manifestaciones del pasado pueden representarse como actos de memoria – los procesos de formación del registro arqueológico cuentan la memoria de un yacimiento, por ejemplo – y, a su vez, la totalidad de la materialidad es susceptible de generar una memoria. Olivier denomina a estas entidades *objetos-memoria* y establece que esa “memoria material” es la conservación en un mismo objeto de las distintas alteraciones que ha sufrido a lo largo del tiempo. Esta comprensión del pasado cumple además una función pragmática: tiene efectos sobre la labor de la arqueología toda vez que rompe con las restricciones de un tiempo secuencial y vacío. La arqueología de la memoria material del pasado deja de estar limitada a un determinado periodo de tiempo y pasa a ser el estudio del pasado *en y desde* el presente. De hecho, Olivier (2013) llega a decir que *el pasado es la materialidad del presente*. Empleada de esta forma, la memoria adquiere, como diría el filósofo Hans Blumenberg, el rango de “metáfora absoluta” (Blumenberg, 2018; ver una buena exposición sobre esta noción en Wetz, 1996: 15-26 y Rivera García, 2010): comporta el cometido teórico y pragmático indispensable para serlo, pero además cumple un aspecto crucial de una metáfora de estas características como es la intensidad con la que se piensa. Olivier toma literalmente la idea de que el pasado conserva una memoria en sus restos materiales. Aclaro que con esta caracterización no pretendo reducir en modo alguno la importancia de la operación llevada a cabo en este libro. Las “metáforas absolutas” guían el pensamiento cuando no parece haber respuestas posibles y se quieren abarcar aspectos que no se pueden reducir a una objetividad concreta – como es el caso de la experiencia descrita al comienzo –. La cuestión es si la memoria del pasado, tal y como nos la plantea Oliver, es una metáfora absoluta adecuada para nuestro presente. Para el autor de este libro lo es en la medida en que la arqueología es un saber comprometido con la toma de conciencia de nuestra condición histórica. En este sentido, la memoria asegura una garantía de que el pasado no puede ser

cancelado ni reducido a determinados intereses – “el pasado no está en venta” (Olivier, 2013) –. Más allá, la “memoria material” de las cosas es una forma de resituar el lugar de la historia en un presente donde lo histórico ha dejado de ordenar nuestra realidad – la legitimidad y la verdad vuelven a disputarse tanto como la historia –. La cuestión pasa entonces por saber si la arqueología es la modalidad de historia afín a ese presente. Hay muchas posibilidades de que sea así y esto convierte a *El oscuro abismo del tiempo* en un libro fundamental más allá de su validez estrictamente arqueológica. Este es el motivo de que el libro haya trascendido desde el principio el marco de la arqueología y se haya convertido en una referencia para las distintas modalidades de las ciencias históricas (ver Tamm y Olivier, 2019).

La reorientación de la arqueología en estas coordenadas plantea cuestiones acuciantes para pensar el lugar del pasado en un presente como el nuestro. De hecho, leer *El oscuro abismo del tiempo* como un tratado sobre la manera de seguir lidiando con la historicidad en un momento poshistórico es una manera de preguntarse por los límites de la arqueología. En este sentido, Gumbrecht (2005: 126-127) señaló que el aumento del interés en la arqueología está ligado a la necesidad de compensar la caída del “tiempo histórico” – un tiempo con las debidas distancias entre el pasado, el presente y el futuro – y la emergencia de un “presente ampliado” en el que el pasado no termina de pasar y el futuro no acaba de llegar – el tiempo del vintage, la distopía o de las culturas de la nostalgia –. Para Gumbrecht, esta temporalidad mueve a una intensificación de la necesidad de “presentificar” el pasado. Es decir, la necesidad de experimentar corporalmente el pasado cuando ese pasado no puede dejarse pasar – de ahí el aumento de los museos o la proliferación de las recreaciones históricas –. Olivier recoge los debates teóricos que asisten a este problema y, en concreto, asume la noción de “régimen de historicidad” de François Hartog – una referencia con matices sustancialmente distintos a los de Gumbrecht –. Para este historiador francés “un régimen de historicidad no es otra cosa más que la manera de engranar el pasado, el presente y el futuro o de componer una mezcla de estas tres categorías” (Hartog, 2003: 13), en la que una de ellas es la dominante. A nuestro régimen de historicidad actual lo denomina “presentismo”. Hartog deja abierta la cuestión sobre si esta manera de ex-

perimentar el tiempo que habitamos, es realmente la base estable de nuestra relación con el tiempo o si es, por el contrario, una experiencia pasajera. Olivier (2013; 2017) se encuentra entre quienes defienden la primera opción y en sus trabajos prepara a la arqueología como la disciplina más ajustada a un presente cada vez más dominante y acelerado. Es en este sentido que a la luz de este libro podemos decir que la arqueología es la historia de nuestro presente. Es sintomático que este gesto intelectual ocurra al mismo tiempo que otras disciplinas y corrientes teóricas empiezan a situar la materialidad en el centro de sus reflexiones – bien sea bajo el nombre de giro ontológico o nuevos materialismos –. Esta circunstancia puede confundir el planteamiento que se abre en este libro, aunque podamos decir con Gumbrecht que unos y otros comparten un mismo estilo de los tiempos. Sin embargo, la memoria material de las cosas no parte, como hemos visto, de ningún principio ontológico abstracto. Por el contrario, Olivier se basa en la historia acumulada en los restos arqueológicos, en las huellas concretas que el paso del tiempo deja en cada cosa, como una forma de memoria. En este sentido, Ruth Van Dyke (2020: 220) se hace eco de las arqueologías dedicadas al estudio de la memoria como unas arqueologías mucho más comprometidas y dispuestas a organizar sus investigaciones en base a problemas concretos que las aupadas por el giro ontológico: “generalmente los arqueólogos simétricos se detienen justo antes de movilizar sus materiales para la crítica y prefieren ‘dejar a las cosas hablar por sí mismas’. En un mundo en el que toda la arqueología es con rotundidad política, esta aproximación me sorprende por su irresponsabilidad”. En realidad, podría decirse que el problema de las corrientes del giro ontológico es que dejan de pensar antes de tiempo. Ajustarse al objeto de estudio de la arqueología implica una serie de problemas de índole conceptual que no pueden darse por hecho. Para Olivier uno de esos problemas es la falta de una temporalidad adecuada a los restos arqueológicos. De ahí que antes de proceder a elaborar teóricamente las propiedades objetivas de las cosas haya que acudir a las premisas que las condicionan -el tiempo lineal de la cronología y de una historia ordenada por periodizaciones preestablecidas-. Por eso su posición abre un camino más productivo política e intelectualmente para pensar la relación entre la arqueología y la historia toda vez que

la dependencia se ha convertido en una dialéctica -una perspectiva clave para distinguir los distintos estratos de tiempo que forman nuestro presente y afinar los matices conceptuales para poder abordarlo-.

5. Las cosas no hablan por sí solas⁴, a pesar de la insistencia de ciertas posiciones teóricas que en un principio planteaban dar respuesta al hartazgo interpretativo que produjo el posprocesualismo (Olsen, 2012; Pétursdóttir, 2019). En una publicación reciente, Olivier (2020b: 161) vuelve sobre las ideas de *El oscuro abismo del tiempo* para señalar de manera más persuasiva que el problema no es el tipo de significado que queramos buscar en el registro arqueológico – sea este simbólico, ideológico u ontológico –, sino la relación, más concreta, “entre los restos materiales y *su* significado” – vemos de nuevo una operación refleja a la planteada más arriba –. En otras palabras, la cuestión sobre el sentido de los restos arqueológicos es inseparable de los procesos más o menos accidentales que les afectaron a lo largo del tiempo. Por este motivo, la interpretación no puede ser arbitraria, porque los restos han sufrido unas transformaciones y no otras. Del mismo modo, el significado de los restos arqueológicos no puede ser unívoco – tampoco dogmático, cabe añadir, como ocurre en aproximaciones inspiradas en filosofías especulativas (Ribeiro, 2019) –, puesto que no tenemos la posibilidad de reconstruir enteramente la información perdida por la erosión, la disgregación o la falta de contexto. La interpretación arqueológica, recalca Olivier (2020b: 162), tiene una parte irrenunciable de ficción, tanto como una parte basada en el análisis de las alteraciones materiales de los vestigios del pasado: “una vez que los restos arqueológicos son desenterrados pasan a ser compuestos híbridos en los que la ficción, su parte interpretativa, está inextricablemente atada a la parte generada por la manera en la que fueron dispuestos en o sobre el suelo”. En este esquema, la “on-

⁴ La arqueóloga Shannon Lee Dawdy (2010: 778) planteó un primer apunte crítico de esta expresión en arqueología: “Algunos abogan por abandonar la antropología y redefinir a la arqueología como el estudio de la materialidad o de la vida de los objetos sin tener en cuenta el periodo de tiempo. No estoy dispuesta a ceder la sociología, no porque sea nostálgica de las viejas antropologías (...), sino porque es delirante pensar que las cosas hablan por sí solas”. Esta misma autora despliega una aproximación semejante a la Olivier en su libro *Patina A Profane Archaeology* (2016) y ha colaborado con él en un libro reciente que reúne varios trabajos sobre el *presentismo* (ver Tamm y Olivier, 2019).

tología de las cosas” está sujeta a una historia incesante de reutilizaciones, reemplazos, destrucciones, olvidos y ruina que Olivier (2020b: 162) identifica con periodos de latencia, reactivación, re-inscripción y traducción (Ver especialmente el Capítulo 7 y 8 de este libro). De ahí que la interpretación del pasado nunca esté cerrada ni se base en identidades esenciales (Olivier, 2020b), del mismo modo que su memoria nos pueda asaltar, evocando de nuevo a Benjamin, como un “relámpago” (cit. Olivier, 2020a: 36). De esta manera, la apelación a las cosas y su memoria en Olivier no es un “dejar hablar a las cosas”, sino la combinación crítica de la investigación arqueológica, la elaboración de la temporalidad registrada en la “memoria material” de las cosas analizadas y su encaje teórico y narrativo – esa combinación de ficción y realidad que es la interpretación⁵–.

6. En esta discusión algo apretada sobre *El oscuro abismo del tiempo* quedan muchas cuestiones por tocar, pero baste las que hemos ido señalando para mostrar el alcance del programa de investigación que abrió este libro. La adecuación de la arqueología a su objeto de estudio es una operación que toda disciplina se plantea conforme se modifican los problemas de partida. Hoy asistimos a un tiempo conmovido por el desastre de la pandemia como una suma de todos los desastres anteriores. Ante esta situación las ciencias humanas y sociales llegan algo exhaustas y comprometidas a una agenda neoliberal que las ha convertido en nuevos productos de consumo embebidos en abstracciones

conceptuales alejadas de la historia. La arqueología muestra síntomas de estas mutaciones por su especial relación con el pasado. Nuestro presente acorta distancias con el pasado y el futuro hasta el punto de incluir tiempos ancestrales. Un ejemplo de esto es la sustitución de la Prehistoria por la “Deep History”, en la que los acontecimientos del pasado remoto se ubican en continuidad con los más recientes. Olivier nos recuerda la historicidad de estas ordenaciones del tiempo. La arqueología es en este sentido una pedagogía sobre el paso de la historia y una racionalización del tiempo. De hecho, ha sido la ciencia histórica más sensible a las largas escalas de la cronología desde sus comienzos. No pienso que una identificación de la arqueología con el presentismo sea lo mismo que adecuar la arqueología al tiempo de las cosas. Temporalizar el objeto arqueológico y estructurar la historia desde ahí sí abre un camino fundamental para consolidar el conocimiento arqueológico. Este en todo caso es un problema que habrá que seguir pensando. Sin duda, Olivier apunta a las cuestiones más cruciales para hacerlo sin tener que pasar por los atajos de la especulación. En este sentido, ofrece una arqueología capaz de resistir ante cualquier simplificación del pasado, cuando no directamente a su cancelación teórica y, con ella, a la peor de las políticas.

Rafael Millán Pascual
Instituto de Ciencias del Patrimonio (CSIC)
rafael.millan-pascual@incipit.csic.es

Referencias

- Blumenberg, H. ([1997] 2018): *Paradigmas para una metaforología*. Trotta, Madrid.
- Criado-Boado, F.; Alonso-Pablos, D.; Blanco, M.J; Porto, Y.; Rodríguez Paz, A.; Cabrejas, E.; del Barrio-Álvarez, E. & Martínez, L. M. (2018): Coevolution of visual behaviour, the material world and social complexity, depicted by the eye-tracking of archaeological objects in humans, *Scientific Reports*, 9: 3985.
- Dawdy, S. L. (2010): Clockpunk Anthropology and the Ruins of Modernity, *Current Anthropology*, 51(6): 761-793.
- Dawdy, S. L. (2016): *Patina. A Profane Archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.
- González Ruibal, A. (2018): *An Archaeology of the Contemporary Era. The Age of Destruction*. Routledge, Londres.
- Gumbrecht, H. U. (2005): *Producción de presencia*. Universidad Iberoamericana, México D.F.
- Hartog, F. (2003): *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*. Seuil, París.

⁵ Nuevas aproximaciones al entramado de la memoria de los objetos como un elemento activo de la percepción visual muestran la sorprendente potencialidad de un pensamiento arqueológico acorde a las cosas (Criado-Boado *et al.*, 2019).

- Hernando, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*. Akal, Madrid.
- Kant, I. ([1798] 2015): *Antropología en sentido pragmático*. Alianza Editorial, Madrid.
- Koselleck, R. (2017) : *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?* Guillermo Escolar, Madrid.
- Millán Pascual, R. (2015): *Arqueología Negativa. Las fronteras arqueológicas del presente*. Complutum, 26(1): 49-69.
- Oliver, L. (2008): *Le sombre abîme du temps. Mémoire et archéologie*. Seuil, París.
- Olivier, L. (2013): The business of archaeology is the present, en González-Ruibal, A. (ed.): *Reclaiming Archaeology. Beyond the tropes of Modernity*. Routledge, Londres: 117-129.
- Olivier, L. (2017): The Future of Archaeology in the Age of Presentism, *Journal of Contemporary Archaeology*, 6(1): 16-31.
- Olivier, L. (2020a): *El oscuro abismo del tiempo. Memoria y arqueología*. JAS Arqueología.
- Olivier, L. (2020b): Interpreting Archaeological Evidence in the Anthropocene. Incidentalality and Meaning, *Cambridge Archaeological Journal*, 30(1): 160-163.
- Olsen, B. (2012): After Interpretation: Remembering Archaeology, *Current Swedish Archaeology*, 20: 11-34.
- Pétursdóttir, Þ (2019): Anticipated futures? Knowing the heritage of drift matter, *International Journal of Heritage Studies*, 26(1): 87-103.
- Riberio, A. (2019): Archaeology and the New Metaphysical Dogmas: Comments on Ontologies and Reality, *Forum Kritische Archäologie*, 8: 25-38.
- Rivera García, A. (2010): Hans Blumenbeg: mito, metáfora absoluta y filosofía política, *Ingenium. Revista de historia del pensamiento moderno*, 4: 145-165.
- Tamm, M. y Olivier, L. (2019): *Rethinking Historical Time. New Approaches to Presentism*. Bloomsbury, Londres.
- Van Dyke, R. (2020): Archaeology and Social Memory, *Annual Review of Anthropology*, 58: 207-225.
- Villacañas, J.L. (2003): Histórica, historia social e historia de los conceptos políticos. *Res publica*, 11-12: 64-94.
- Wetz, F. J. (1996): *Hans Blumenberg. La modernidad y sus metáforas*. Novatores, Valencia.